

RECORDAR A HORST RITTEL

Andrés Weil Parodi

Arquitecto, profesor Facultad de Arquitectura y Urbanismo Universidad de Chile

Horst W.J. Rittel fue un carismático profesor universitario cuyo trabajo cambió el paradigma de la planificación en el mundo. Hay quienes lo sindicaron como uno de los autores intelectuales de la caída del Muro de Berlín. Nació en 1930 en la capital alemana y falleció pocos meses después de que colapsara el estado germano-oriental en 1990. Su obra estuvo inspirada en el dolor causado por la destrucción y posterior división de su querida ciudad natal.

Tenía menos de tres años cuando Hitler llegó al poder. Sobrevivió la Guerra en Berlín. Tuvo que ser autodidacta por tres años luego que su escuela resultara destruida en un bombardeo. En la posguerra emigró a Göttigen, en el sector occidental de Alemania, donde estudió matemática y física teórica. Durante la década de 1950 trabajó para la industria metalúrgica del Ruhr, la impulsora de la recuperación económica del país. Complementó su formación con estudios de sociología en la Universidad de Münster antes de llegar, en 1958, a enseñar a la Hochschule für Gestaltung (HfG) en Ulm. En esa legendaria escuela de diseño, fundada cinco años antes por Max Bill, artista plástico formado en la Bauhaus, Rittel impartió clases de metodología del diseño, epistemología y teoría de la comunicación.

Corrían años de un intenso debate ideológico. La Unión Soviética parecía llevar la delantera gracias a su éxito en la carrera espacial. En Occidente, muchos comenzaron a atribuir esa superioridad al modelo de Planificación Central impuesto en los países del Este. Fue así como la planificación científica, denominada por Rittel de “Primera Generación”, adquirió una gran importancia en el mundo entero. En la HfG Ulm un grupo de académicos, liderados por el arquitecto argentino Tomás Maldonado, hacían *Investigación de Operaciones* con el objetivo de racionalizar científicamente los procesos de diseño y planificación. La llegada de Rittel generó un gran revuelo ya que, a pesar de venir del mundo de la ciencia, él era escéptico respecto a la utilidad de las metodologías meramente científicas en el campo del diseño y la planificación. Atribuía la idea de esa posibilidad al *menosprecio* que los científicos sentían hacia la *banalidad de la realidad* en contraposición con la *rigurosidad* que permitía la abstracción teórica.

En 1963, dos años después de la construcción del Muro de Berlín, Rittel abandona Alemania y su cátedra en Ulm. Parte a EEUU contratado por la Universidad de California en Berkeley donde comparte, entre otros, con el filósofo C. West Churchman y el arquitecto Christopher Alexander. Diez años más tarde publica, junto al académico norteamericano Melvin Webber, “Dilemas de una Teoría General de la Planificación”, un ensayo en el que formulan sistemáticamente sus críticas a la planificación basada en principios científicos. El origen de ese texto se remite a la ponencia que Rittel presentó al “Seminario sobre Análisis de Sistemas”

en Karlsruhe el año 1971, titulado “Planificación en Crisis, Sistema de Análisis de Primera y Segunda Generación”.

La principal objeción que él hace a la *planificación científica*, o de Primera Generación, es epistemológica y se refiere a la imposibilidad de *actuar* racionalmente, un supuesto básico de la argumentación científica. Esta contradicción la explicaba de la siguiente manera: “Acción racional es aquella en la cual, previamente, se han evaluado las consecuencias que acarreará su realización, dicho de otra forma, cuando se piensa antes de actuar”. Lo paradójico es que su ejercicio, algo que parece ser tan razonable y saludable, resulta imposible ya que antes de tomar cualquier decisión “es preciso evaluar sus consecuencias, también la decisión de esa evaluación, y la evaluación de la evaluación... y así hacia atrás hasta el infinito”. Rittel sostiene que para poder ser racionales debemos tomar previamente una decisión *irracional*. Algo similar sucede cuando se requiere tomar un curso de acción. Toda decisión tiene consecuencias que ameritan ser evaluadas, también la decisión de dejar de evaluar consecuencias porque eso también acarrearía consecuencias. Por lo tanto, una vez que se decide ser racional resulta imposible dejar de evaluar consecuencias y decidir algo que no sea seguir evaluando consecuencias. Concluye: “...quien toma la decisión irracional de actuar racionalmente, nunca podrá detenerse de evaluar consecuencias a menos que, tome otra decisión irracional, cuando se dé cuenta que está perdiendo tiempo, dinero y *la paciencia*”. Lo que Rittel hizo evidente con este ejemplo, es que toda argumentación racional se desarrolla bajo un paréntesis de decisiones meta-racionales, es decir, que están más allá de la lógica aristotélica. Esta constatación decepcionó a una audiencia que mayoritariamente se había reunido con la ilusión de establecer metodologías científicas de planificación “*correctoras de la realidad*”. Sin embargo, a continuación, propuso una manera diferente de aproximarse a los problemas de planificación que él denominó de Segunda Generación, hoy diríamos 2.0.

Los planificadores de Segunda Generación concentran su atención en el lado oscuro del comportamiento humano con la intención de iluminarlo. Entienden que todo plan surge de una voluntad política, motivada por cuestiones éticas y/o fantasía, por lo que no pierden tiempo buscándole justificaciones técnicas. Sus herramientas metodológicas están orientadas a facilitar el entendimiento entre los actores involucrados, en particular con los afectados por las decisiones de los planes. Para ello Rittel desarrolló un modelo de argumentación que denominó IBIS (Issue Based Information System), metodología que permite identificar los diferentes intereses que subyacen detrás de los problemas que se busca resolver con planificación. A través de un levantamiento de temas, argumentos y posiciones frente a ellos, es posible descubrir los asuntos relevantes y aspectos críticos que conlleva un plan, aspectos que generalmente los expertos, por su sesgo profesional, pasan por alto. Además, al involucrar a los afectados desde un inicio, es posible hacerlos parte de la solución, minimizando el riesgo de implementación y maximizando el compromiso de todos. Rittel era partidario de planificar lo justo y necesario. El afirmaba que la gran mayoría de los esfuerzos planificadores terminaban en el tacho de la basura. Era un convencido de que a la

gente no le gusta que la planifiquen, especialmente si el plan es impuesto desde arriba.

El seminario donde Rittel expuso su crítica a la planificación científica, en 1971, estaba organizado por la “European Association of National Productivity” en conjunto con la “Studiengruppe für Systemforschung” de Heidelberg a la cual él pertenecía. A ese encuentro llegaron representantes de todas partes del mundo. Durante la Guerra Fría, la teoría de planificación era considerada un asunto estratégico. Los argumentos que Rittel esgrimió en contra de los paradigmas de la Planificación Centralizada debieron calar hondo entre los asistentes. Sirvió para tranquilizar a los políticos estadounidenses quienes comprendieron que los sistemas socialistas caerían, tarde o temprano, a consecuencia de sus contradicciones internas. Dos años después, en 1973, los americanos promovieron la firma del *Acuerdo de Washington* que cambió las reglas de la política de colaboración económica en el mundo. Los asistentes al encuentro en Karlsruhe que venían de los países de economías planificadas comprendieron mejor que nadie las críticas de Rittel. A partir de entonces debieron asumir que el modelo que promovían estaba condenado, definitivamente, al fracaso. Durante la década de 1970 comienza a fraguarse, entre los jóvenes líderes del Politburo, la política de transparencia y apertura económica que Michael Gorbachow llevó adelante en la Unión Soviética en la década siguiente y, en los países de Europa del este, se inició la decadencia económica.

La República Democrática de Alemania (RDA: 1949-1989) fue una excepción. Allí se siguió adelante en forma *exitosa* la construcción del “socialismo real”. En la década de 1980, era por lejos el país de la órbita soviética que presentaba los mejores índices económicos y de desarrollo social. Muchos países de la OCDE se quisieran hoy desempeños parecidos al que tenía en esos años la desaparecida RDA. Para lograrlo crearon un riguroso sistema de planificación centralizado desde donde se controlaban prácticamente todos los aspectos de la vida cotidiana de las personas. Por ejemplo, si alguien quería ir a un pub debía hacer la reserva con al menos 3 semanas de anticipación; explicaban que el motivo de aquello era el ciclo logístico de la operación del bar: Tres semanas era el tiempo que tomaba el pedido de alcohol y los pertrechos para agasajar a los comensales. En el aparato estatal, nadie podía asumir el riesgo de solicitar mercadería que finalmente no se pudiera colocar. Por lo tanto resultaba de toda lógica que *quien deseaba entretenerse lo planificara con ese tiempo de anticipación*. En ese país nada quedaba al azar, ni siquiera el orden en el que las sillas de un restaurante debían ser ocupadas. La RDA fue un caso extremo de planificación, aparentemente el modelo ideal para muchos que en la actualidad alegan su falta en las políticas públicas. ¿Qué fue entonces lo que provocó el colapso repentino?

Cuando cayó el Muro, nadie se lo esperaba realmente. Bonn por ejemplo, la capital provisoria de la República Federal de Alemania, se encontraba impulsando fuertes inversiones en infraestructura con miras a consolidarse como capital política de la nación. A los europeos les acomodaba la Alemania dividida. La teoría marxista había logrado finalmente lo que nunca pudo el tratado de Versalles:

Llevar la paz al corazón del continente. Las potencias aliadas de la Segunda Guerra Mundial tampoco se mostraban muy interesadas en una reunificación germana ya que eso les obligaría a retirar las tropas que mantenían estacionadas en ese territorio y que eran financiadas por los contribuyentes locales. Lo que provocó “la inflexión” (die Wende) fue la presión masiva que los ciudadanos germano-orientales hicieron para abandonar la patria socialista perfectamente planificada por un grupo de “expertos”. Las protestas fueron un grito desesperado frente a la delirante obsesión de una elite que no permitía que nada se improvisara o siguiera el libre albedrío. Ese 9 de noviembre de 1989 las autoridades del Estado, que debía fidelidad exclusiva a la “Diosa Razón”, *perdieron la paciencia*, cumpliéndose la profecía que Rittel había hecho 18 años antes en Karlsruhe. La caída del Muro de Berlín simboliza el fin de la *Razón* como posibilidad redentora para corregir las miserias humanas.

En octubre de 2013, un grupo de planificadores 2.0 se dio cita en Berkley a recordar la obra de Horst Rittel. Aprovecharon que se cumplían 40 años, desde que se publicara en ese lugar el ensayo “Dilemas de una Teoría General de la Planificación”, para discutir respecto a la incidencia que la obra del profesor alemán tenía en la actualidad. Llegaron entendidos de todos los continentes, muchos de los cuales habían sido sus discípulos. Expositores de California consideraron que el paso de Rittel por su Universidad, tuvo una gran incidencia en el liderazgo que ese Estado norteamericano en la integración del diseño y la tecnología. La tradición del espíritu innovador de la Bauhaus, potenciado con los debates de la Escuela de Ulm, habría madurado en Berkley entorno a la figura del Professor. Su obra y legado están más vigentes que nunca ya que, 25 años después de la caída del Muro de Berlín, el mundo aún no termina de comprender el drama que significa vivir bajo una dictadura de la razón.

Santiago, 9 de noviembre de 2014

Sobre el autor:

Andrés Weil Parodi es arquitecto chileno titulado en 1985 de la Universidad de Chile. Entre 1986 y 1988 fue alumno de Horst Rittel en la Universidad de Stuttgart Alemania. Es profesor de epistemología y diseño arquitectónico en la Facultad de Arquitectura que lo tituló.